

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

SERMON DE LA ASCENSION.

Vado parare vobis locum.
Joan. XIV, 2.

Voy á prepararos un lugar.
*Ascendit super omnes caelos
ut impleret omnia. Ad Eph.*
IV, 10.

Subió sobre todos los cielos
para llenar todas las cosas.

Celebramos un misterio grande, sublime, consolador; misterio que debe escitar en vuestros corazones la mas pura alegría, y el mas vivo reconocimiento.

Celebramos la gloriosa Ascension de Jesucristo á los Cielos. Despues de cuarenta dias durante los cuales conversa con sus Apóstoles para confirmarlos en la fé de su resurreccion, el glorioso vencedor del pecado y de la muerte, sube magestuosamente á los cielos en presencia de sus

discípulos á manera de un héroe cargado de rico botin y de gloriosos trofeos. Misterio consolador que debemos celebrar con demostraciones del mas grande júbilo, del mas puro entusiasmo y de la mas viva gratitud, porque Jesucristo ha ido á los cielos á prepararnos un asiento en el espléndido festin de las eternas delicias, porque el glorioso Redentor, el Dios de la victoria, elevándose sobre los mas altos cielos, ha tomado posesion del brillantísimo trono que conquistará con su sangre y desde allí nos anima al combate, nos muestra el premio, y nos envia socorros espirituales y gracias poderosas, llenándolo todo con los dones de su amor y con los preciosos carismas del Espíritu Santo. Subiendo Jesucristo al cielo, nos enseña el camino por donde no-

sotros hemos de subir, nos prepara el puesto que hemos de ocupar en aquella dichosísima mansión, y nos provee de los auxilios necesarios para arribar felizmente al término de nuestro niviaje. ¿Qué motivos mas eficaces, qué medios mas poderosos podia ofreceros esta mañana para que adelanteis en el camino de la virtud y en la reforma de vuestras costumbres? Desolada está la tierra porque ni los hombres ni los pueblos meditan seriamente las grandes y consoladoras verdades que llenan de luz los caminos de la vida y hacen germinar en los corazones todo linaje de virtudes y buenas obras. Así vemos con dolor que la inmoralidad se propaga con una rapidez espantosa, que las pasiones triunfan, la iniquidad se aumenta cada día, el vicio se ostenta victorioso, las almas se degradan, los corazones se corrompen y los pueblos cristianos tanjose han maleado á tal grado de rebajamiento moral han llegado ya, que al ver el estado deplorable de las costumbres públicas, diríase que hemos retrocedido á los tiempos mas degradados del antiguo paganismo.

Ahora, cuando son tantas las sendas que conducen al infierno, ¿no será oportuno señalar el camino verdadero que conduce al

cielo? Cuando las pasiones se desbordan y los corazones se corrompen y la inmoralidad se propaga entre nosotros con esa rapidez que todos deploramos, ¿no será útil decir dónde se encuentran remedios prontos y eficaces para curar las almas enfermas, para domar el impetu de las pasiones y oponer una barrera insuperable á ese creciente progreso de la inmoralidad y del vicio? Hé aquí el objeto que me propongo en este breve discurso. Y para lograrlo, cumplidamente, bastará demostrar con claridad y sencillez la siguiente proposición: *La Ascension de N. S. Jesucristo á los cielos nos ofrece los motivos mas eficaces y los medios mas poderosos para emprender desde luego el camino de la virtud y la reforma de nuestras costumbres.*

El fin que me propongo en el breve y sencillo sermón que vais á escuchar, no puede ser mas noble, mas elevado, mas importante, mas útil á las almas y mas provechoso á la misma sociedad. Promover el progreso moral de los pueblos que es la base de todos los progresos humanos; levantar el nivel de la moralidad pública que cada día está mas bajo merced á la influencia corruptora de perversísimos errores; restaurar en los pueblos la santidad de las

costumbres cristianas que van desapareciendo bajo el influjo maléfico de mundanales diversiones reprobadas por el Evangelio y anatematizadas por la Iglesia de Jesucristo; imprimir en las almas un movimiento de ascension hácia el divino ideal de la santidad, por la escala de las virtudes cristianas, hé aquí la gran mision del sacerdote católico y la gran obra á que debemos consagrar todos nuestros esfuerzos, si hemos de evitar que los pueblos cristianos retrocedan á los tiempos vergonzosos del paganismo, por el camino de la inmoralidad y del vicio. Esta es la gran necesidad presente. ¿No lo veis? ¿Dónde se han ido la fé y la virtud, antorcha la una y medicina la otra de las almas enfermas y de los pueblos estraviados? La humildad, la molestia, la caridad, la pureza, la honestidad, la justicia, el desinterés, el sacrificio ¿dónde están todas estas cosas santas y sublimes, todas estas virtudes que son el carácter distintivo de los verdaderos cristianos y el pan sustancial de la vida de los pueblos? Y en cambio de estas hermosas virtudes que engrandecen á los hombres y hacen felices á las naciones ¿qué es lo que vemos sino el remado de la soberbia,

de la vanidad y del egoismo, de la impureza y de la deshoñestidad, de la ambicion y de la avaricia, de los mas groseros apetitos y de las mas vergonzosas pasiones? ¿Quién no ve que la corrupcion cunde como el cancer, que cada dia somos peores, y que los pueblos avanzan sin detenerse en la senda del pecado y de todas las depravaciones? Todos confiesan esta triste verdad. Vosotros mismos comparando estos tiempos con otros no muy lejanos, las costumbres de hoy con las costumbres de ayer, lo confesais tristemente, y mas de una vez habeis exclamado: «¿Qué es esto Señor? ¿A qué tiempos hemos venido? Tales cosas se oyen y tales cosas se ven, que aun viéndolas y oyéndolas, parecen increíbles ¡Qué mundo tan pervertido! ¿Quién conoce á nuestro pueblo? ¿Quién vió jamás entre nosotros lo que ahora se vé con inusitada frecuencia?» Teneis razon: la inmoralidad se ha hecho general. «Toda carne ha corrompido sus caminos como en los dias de Noé.»

Es preciso buscar un remedio para tan graves dolencias. Es urgentísimo oponer un dique poderoso á ese rio de inmoralidad que todo lo inunda. Es necesario detener, ó cortar ese progreso mal-

dito de todos los vicios que envilece á las almas y hace infelices á los pueblos. Pero ¿dónde encontraremos un remedio bastante eficaz para curar esa enfermedad general de los ánimos? En presencia de esta muerte de todas las virtudes y de este reinado de todos los vicios, decidme: ¿dónde encontraremos un poder bastante fuerte que haga subir de nuevo el nivel de nuestras virtudes? ¿De dónde vendrán, sobre todo, las aguas regeneradoras que hagan salir las virtudes del seno de nuestras corrupciones y de nuestras ruinas y reflorar sobre estas ruinas morales la santidad de las costumbres?» ¿Dónde encontraremos motivos bastante poderosos para impulsar á las almas por el camino del bien y medios bastante eficaces para reformar las costumbres del pueblo cristiano? *¿Unde veniet auxilium mihi?* Señores: la fiesta que celebramos, lo descubre todo á nuestra vista. Fijáos bien en la gloriosa Ascension del Señor. Contemplad á Jesucristo que sube á los cielos radiante de gloria y de magestad. Las puertas eternas resuenan himnos de honor. El pueblo redimido aplaude gozoso y aclama con júbilo al esclarecido Vencedor del pecado y de la muerte, al glorioso Redentor de

os oprimidos mortales. Los siervos de la antigua tiranía que libres ya, acompañan el triunfo de Jesucristo, *elevad*, gritan, *elevad, príncipes celestes, elevad las puertas eternas, abrid los atrios de oro á vuestro Rey triunfante*. Y, «¿quién es nuestro Rey? el santo coro entona en las almenas diamantinas. *El fuerte, el grande, el Dios de la victoria*. Y girando las puertas del empuje sobre sus áureos quiciales; aclamado de los ejércitos angélicos y formándole noble corona la multitud de los libertados cautivos, el Señor de las virtudes, penetra glorioso en los alcázares del cielo. De nuevo la corte celestial se alborozó en himnos. El hijo de la Virgen se acerca al trono del Eterno y sentándose á su derecha, recibe las adoraciones del cielo y de la tierra.

Ya tenemos gloria; ya están abiertas las puertas del cielo; ya se ha retirado, á una órden del Altísimo, el ardiente querubín que con flamígera espada estaba custodiando los umbrales del Paraíso. Nuestro destino es la gloria. Jesucristo, al subir á los cielos, había dicho á sus discípulos y en la persona de sus discípulos á todos los cristianos: Voy á prepararos un lugar en la gloria, un asiento en el banquete de las eter-

nas delicias, una mansion en la casa de mi Padre, un trono en el reino de la inmortalidad. Subiendo Jesucristo á los cielos, nos ha demostrado que las puertas de la gloria están abiertas para todos los creyentes, y elevándose el vencedor de la muerte sobre los coros de los Angeles y de los Arcángeles, nos muestra el camino de la felicidad á que somos llamados (1). La Ascension de Jesucristo es la confirmacion de la fé católica (2) que nos muestra mas allá del sepulcro una eternidad de goces purísimos de inefable bienaventuranza que no ha visto el ojo ni puede comprender el humano entendimiento. ¿Qué estímulo mas poderoso puede ofrecerse á los cristianos para adelantar en el camino de la virtud? ¿Dónde hay un resorte capaz de mover á los hombres á la práctica del bien y al cumplimiento de todos sus deberes como la perspectiva de una felicidad completa é imperecedera en el seno del mismo Dios? ¿Por qué mudaron los hombres sus vidas y renunciaron á los placeres del mundo y dieron á su carne castigos atroces y se entregaron á los rigores de la penitencia sino por

alcanzar la eterna y feliz bienaventuranza? ¿Por qué entregaban los mártires su noble cuello á la cuchilla del verdugo sino por conquistar la palma de la inmortalidad y la corona de la gloria? ¿Quién ha producido esa legion de Santos, esos frutos de oro del cielo que lleva el gran árbol católico, regado con la sangre de Jesucristo, sino la fé viva en la gloria celestial y la esperanza de ser eternamente felices? ¿Quién mueve el corazón de los hombres al cumplimiento de los mandamientos de Dios sino la retribucion que esperan recibir de la justicia divina? (3) ¿Quién alienta al justo, al verdadero cristiano, á progresar de virtud en virtud, (4) y quién detiene al malo en el camino de sus desórdenes sino la idea de un Juez justísimo, remunerador de la virtud y vengador del vicio?

(Se continuará.)

Z. M.

VARIEDADES.

Sabemos que por el correo de hoy ha llegado á esta ciudad una plaga de hojas protestantes, dirigidas á gran número de personas, y paquetes de las mismas para propagarlas entre las gentes del pueblo. Se titulan *¡No soy feliz! ¿Por qué?* En la forma de un diálogo, sostenido entre dos

(1) S. Agustin, serm. 3. de Ascen.

(2) S. Agustin, ibid.

(3) Psal. 3, 6.

(4) Psal. 83.

jóvenes, Víctor y Juan, trata el primero de hacer protestante al segundo, persuadiéndole que en el Protestantismo se encuentra exclusivamente la solución del problema de la felicidad. Para lograrlo, toma del Evangelio la parábola del hijo pródigo, y tergiversando su sentido intenta demostrar á su interlocutor que para ser feliz, le basta creer y confiar en Jesucristo sin necesidad de ir á Misa, al confesonario, al templo, ni de cumplir los mandamientos ni de hacer buenas obras. El Protestantismo sobre ser una herejía monstruosa es una elóaca inmunda. Hé aquí la máxima favorita del inundo Lutero: «Cree con todas sus fuerzas, y peca con todas ellas; que con esa fé nada te dañarán mil homicidios, mil estueros, ni todos los pecados imaginables te cerrarán el camino de la felicidad.»

La barbarie luterana se pasó triunfante por una gran parte de Europa, y sembró el suelo de cenizas, de ruinas y sangre. El saqueo, el incendio y la matanza fueron las consecuencias naturales de la moral luterana. Nuestra patria, merced al celo católico del gran Felipe II y á los fecundos trabajos de la Inquisición rechazó victoriosa la invasión de la barbarie protestante, y en medio de tantas ruinas brilló sobre todos los pueblos de la tierra como el sol sobre los astros.

Hoy vivimos bajo la dominación liberal, hijuela de la barbarie luterana, y la herejía protestante goza de toda libertad para propagarse y tiene á su disposición el vapor, la electricidad y el favor oficial para invadir nuestras ciudades y nuestros hogares. Esta es la España nueva cuya fusión con la España vieja se pide con estúpida seriedad.

LA MARINERA.

(LEYENDA HISTÓRICA.)

Corría el año de gracia de 1511.

En una nave, que de América se di-

rigia á las costas de nuestra Península, venia entre otros pasajeros el ilustre D. Fr. Tomás de Berlanga, obispo que era del Panamá, á cuya alta dignidad le habia encumbrado el emperador Carlos V por su mucha piedad y grandes virtudes

En aquellos remotos países habia consumido lo mejor de su vida el santo Obispo, convirtiendo á sus habitantes á la religion del Crucificado.

Quebrantada su salud con sus continuos trabajos y desvelos, y deseoso de una vida mas tranquila, venia á España á hacer renuncia de su obispado y á encerrarse en algun convento de los muchos que en nuestra nacion tuvo la Orden de Predicadores, á la que pertenecia el piadoso Berlanga.

Sus rentas y riquezas las habia empleado en socorrer á los pobres de su diócesis. Traia, sin embargo, á la Península un capital suficiente para la fundación de otro convento mas de Dominicanos.

Ningun contratiempo sufrió la embarcación donde iba el Obispo de Panamá en los primeros dias de navegacion, pero á los veinte dias sobrevino una tan furiosa tormenta, que amenazaban á todos los tripulantes grandes y horrosos peligros.

Cubierto el firmamento de grandes y negras nubes, y rugiendo alborotadas las olas, comprendieron todos que se hallaban sus vidas demasiado expuestas, para no implorar la misericordia de los cielos.

Inútiles eran los esfuerzos de los marineros para procurar salvar la nave.

La tempestad con todos sus horrosos dominó en el mar, y no pudiendo resistir los marinos el furor de los elementos, sin esperanza de salvacion, entre lágrimas, amarguras y desconsoladas voces, se prepararon á perecer en los abismos del Océano.

Muchos de los pasajeros eran merca-

deres españoles que habían ido á hacer fortuna al Nuevo Mundo; y al considerar que cuando podían disfrutar en su patria del fruto de sus trabajos, iban á desaparecer entre las olas con las inmensas riquezas que traían, unos desesperados é impíos, profiriendo tristes quejas y duras recriminaciones al que dirige los destinos de los hombres; otros suplicándole con fervor los salvara, ó les perdonara sus culpas, produjeron todos tan horrible desconcierto y confusión, que en vano procuraba el ilustre Prelado animarlos y consolarlos con sus cariñosas palabras.

—Rogad, les decía, á la *augusta Reina* de los Angeles, á la hermosa Estrella de los mares; que Ella, si con fé invocamos su poderoso auxilio, nos librará del naufragio.

Las palabras del venerable ministro del Señor consiguieron que la esperanza volviese otra vez á los corazones.

Entonces, hincando sus rodillas en tierra, los navegantes comenzaron á orar fervorosamente, y en sus plegarias ponían por intercesora á la *Virgen María*, invocándola con los nombres mas dulces y gratos.

El viento continuaba silvando con aterrador estrépito y hacia crujir con frecuencia los altos mástiles de la nave.

Las agitadas olas, jugando en tanto con ella, la hacían dar diversos giros y vaivenes, siempre consternando á los viajeros, que en cada uno de sus movimientos creían encontrar la muerte.

Animoso, sin embargo, el Obispo de Panamá, se reviste de todos sus ornamentos pontificales, y apareciendo de nuevo entre la tripulación, se postra humilde en tierra, y eleva sus ojos al cielo exclamando:

«Poderosa Señora de cielos y tierra, Estrella salvadora de los mares, tened compasión de nosotros; oid nuestros ruegos, é interceded con vuestro amado Hijo, para que aplaquen su furia los elementos.»

La piadosa invocación del ilustre Prelado fué interrumpida de pronto por los gritos y voces de los navegantes que observando se levantaba una grande é inmensa ola con un enorme bulto, se consideraban ya perdidos.

La ola crece y aumenta de volumen con pasmosa rapidez.

El bulto que sobre ella se distingue, cada vez se aproxima mas á la nave.

Algunos se figuran que es un monstruoso cetáceo, otros dicen ser los restos de destrozadas embarcaciones, y otros, en fin, viendo en él un inminente y terrible peligro, se disponen á morir entre desgarradores ayes y horribles gritos.

—¡Salvadnos, *Virgen María*, salvadnos! prorrumpen todos animados por el piadoso Prelado.

—¡Salvadnos, Señora, salvadnos! repite también éste, uniendo su súplica á la de los desgraciados pasajeros.

Jamás desoye la misericordiosa *Madre* de los cristianos la voz de sus siervos humildes y devotos.

La ola que parecía iba á estrellarse contra el costado de la nave, se disuelve milagrosamente, y arroja sobre cubierta el bulto, que no era mas que una grande y pesada arca.

Al mismo tiempo, serenándose el firmamento y volviendo la calma á los mares, renacen también las perdidas esperanzas de los angustiados navegantes.

Llenos de curiosidad por saber lo que contiene aquella misteriosa caja, todos quieren abrirla; pero, deteniéndolos el Obispo y el capitán, ambos dicen que á ellos solos les pertenece lo que en ella se encuentre.

—Permitidme, capitán, dice el Obispo, que me haga cargo yo solo de esto que debe ser algun rico presente que los cielos benignos nos remiten.

—Perdonad, contesta el jefe de la tripulación, que me oponga á vuestros deseos: yo solo mando en esta embarca-

cion, y todo lo que á ella venga, como esta arca, me pertenece.

Largo rato disputaron el capitán y el Prelado sobre á quien de ellos pertenecía la caja; pero conviniendo en que si era alguna cosa sagrada, sería del Obispo, y si algún tesoro, del capitán, se procedió á abrirla con gran contento de todos, que se hallaban impacientes por conocer lo que allí se encerraba.

No hicieron mas que desclavar las primeras tablas, cuando, saliendo grandes resplandores, quedaron todos deslumbrados con aquel tan inesperado golpe de luz.

Por fin se abrió por completo, y apareció envuelto un objeto entre sutilísimos cendales.

Desenvolviólo el Prelado, y con gran júbilo de su corazón descubrió una preciosa imagen de la *Virgen Santísima*.

¡Mio, mio es este rico tesoro! exclamó el Obispo de Panamá, mostrando á los tripulantes el bello simulacro de María.

—No solo, continuó el respetable anciano, quiere salvarnos la Señora, sino que en prueba de su inagotable cariño y de su singular afecto nos envía este precioso presente. Adorémosla en él, y démosle rendidas gracias por tan distinguidos favores.

Todos los navegantes se postraron ante la hermosa efigie de Nuestra Señora, y de todos los labios salieron palabras de gratitud y alabanza.

El capitán, que se había visto defraudado en sus esperanzas, pesaroso ya de haber consentido en que se quedara con la Imagen el ilustre Prelado, se acercó á este, y por sugestión de otros viajeros que sin duda deseaban poseer aquella valiosa joya le indicó que sentía privarle de ella, pero que él era el único verdadero dueño.

Iba ya á ceder el Obispo, aunque con grande sentimiento de entregar á otro la Imagen que á él solo le pertenecía; pero, ocurriéndosele la idea de sortearla entre

los dos, se lo propuso á su disputador, que aceptó: mas por tres veces seguidas favoreció la suerte al piadoso Berlanga.

Llegó éste por último á España con su rico tesoro, y ansioso, de fundar cuanto antes un convento de su Orden, mientras se edificaba, erigió en la villa de Berlanga, provincia de Soria, un humilde santuario en cuyo altar, colocó la preciosa estatua de Nuestra Señora.

Desde el momento que en él estuvo la *Virgen del Rosario*, bajo cuya advocación fué venerada en aquel país, fueron numerosos los milagros que obró en bien de los fieles que imploraban su protección en las adversidades y aflicciones.

Por eso la devoción que se le tuvo y todavía se le tiene, raya en frenesí, tanto entre las gentes de la villa de Berlanga como entre los habitantes de Medina de Rioseco á donde fué trasladada, tan pronto como hubieron terminado los trabajos del convento fundado por el ilustre Obispo de Panamá.

Y fué tan grande el sentimiento de los vecinos de Berlanga, cuando esta traslación de la preciosa imagen de María, que no quisieron se llevara á Rioseco sin antes quedarse ellos cuando menos con el Niño Jesús que tenía en sus brazos la *Señora*.

El último día de la Pascua de Resurrección se celebra la fiesta principal á *Nuestra Señora del Rosario* con el título de la *Aparición de la Santísima Virgen*, y los que hayan estado en Rioseco en este día podrán apreciar cuánta es la devoción á la excelsa Reina de los Angeles en aquella villa y en otras partes de Castilla la vieja, de donde acuden sus vecinos á honrar á la *Marinera*, como muchos la llaman sin duda aludiendo á su milagroso hallazgo.

(De *La Revista Católica*.)